

Debemos aplacar a los mercados: el espacio del sacrificio en la crisis financiera actual¹

We must appease the markets: the space of sacrifice in the current financial crisis

Luis Enrique Alonso / Carlos Jesús Fernández Rodríguez
Universidad Autónoma de Madrid

Fecha de recepción: 14.01.2013
Fecha de aceptación: 06.05.2013

RESUMEN

Las crisis financieras no pueden ser reducidas, tal y como hacen ciertos analistas, a meras situaciones de pánicos, *cracks*, comportamientos agregados irracionales o euforias contagiadas de forma mimética: son asimismo situaciones caracterizadas por una violencia económica inaudita, cuyas víctimas sufren la bancarrota, el endeudamiento, la pérdida de sus medios o la pobreza en un proceso de drástica recomposición de las relaciones económicas y sociales. La última de dichas crisis está poniendo de manifiesto la magnitud de dicha violencia, con una flagrante visibilización de las relaciones de dominación en la sociedad que ha conducido a que más y más sectores y grupos sociales afectados por una creciente vulnerabilidad sean conducidos al sacrificio de unos mercados que deben ser aplacados. Con un marco teórico inspirado en los trabajos del antropólogo francés René Girard y otros autores, nuestro objetivo es el de explorar la construcción del relato hegemónico acerca de la crisis económica, con una atención especial al componente sacrificial existente en el mismo.

PALABRAS CLAVE: crisis, expropiación, sacrificio, deuda, violencia.

ABSTRACT

Financial crises cannot be reduced to mere situations of panic, crashes, aggregated irrational behaviour or mimetically transmitted euphoria, as some analysts seem to suggest. They also represent situations defined by an outrageous economic violence in which social and economic relations experience drastic transformations, and whose victims end up suffering personal bankruptcy, indebtedness, the loss of standards of living or poverty. The latter of these crises is revealing this notable violence and the flagrant domination present in social relations; this is proved in the way more and more social groups marred by a growing vulnerability are sacrificed to appease financial markets. Inspired by the

1 Este artículo se inserta dentro de los trabajos realizados en el marco del proyecto de investigación concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación, con referencia CSO2011-29941.

theoretical framework of the French anthropologist René Girard, our intention is to explore how the hegemonic narrative about the crisis has been developed, highlighting its sacrificial aspects.

KEY WORDS: crisis, expropriation, sacrifice, debt, violence.

Para que el sacrificio sea posible, es necesario creer que la víctima original es el responsable del desorden mimético antes y después, por intermediación de la violencia unánime, del retorno al orden.

René Girard (2012: 22)

El lazo entre racionalización y abuso de poder es evidente.

Michel Foucault (1990: 96)

Nosotros somos siempre la solución, puesto que nosotros creamos los problemas.
Comentario satírico de los corredores de la Bolsa de Nueva York durante la gran depresión de 1929, citado en Bryce y Still (1987: 132)

1. Introducción

Una crisis económica no supone únicamente decrecimientos en la producción industrial, descensos en los índices de ventas o contracciones en el producto interior bruto (PIB), esto es, meros flujos o tendencias en gráficos de instituciones destinadas a medir el volumen y dinamismo de una economía: supone, asimismo, una dinámica social concreta y real, en la que el freno brusco de la actividad económica, la incertidumbre generada y la pugna por imponer unas medidas políticas concretas con el fin de resolverla tienen un impacto directo sobre la ciudadanía, no sólo en relación a los estándares de vida sino en cómo se reconfiguran las relaciones económicas y sociales existentes. Las crisis pueden entenderse así como fenómenos de recomposición tanto de la economía como de las propias relaciones en la sociedad, en las que unos colectivos pueden mejorar su situación y otros empeorarla, en virtud de la lucha que se va a generar en torno a la redistribución de los recursos existentes. En esta recomposición hay un factor que no puede ser obviado, y al que en general se le ha prestado poca atención: en las crisis se desencadena, habitualmente, una extraordinaria violencia económica y social que merece una reflexión más profunda. Dicha violencia es de hecho inaudita: las que denominamos víctimas de la crisis no son agentes económicos que han realizado inversiones equivocadas, no han mantenido un equilibrio en su cuenta de pérdidas y ganancias o no se han esforzado lo suficiente: se trata más bien de ciudadanos (y sus familias) que, tras una serie de contingencias diversas en las que los grandes flujos de la economía mundial juegan un papel fundamental, pierden sus ahorros y/o ingresos y sufren entonces la bancarrota personal, el endeudamiento excesivo, la pérdida de sus medios de vida o caen en una espiral de pobreza. La última de dichas crisis está poniendo de manifiesto la magnitud de dicha violencia económica, particularmente en España, donde la fatídica combinación de la crisis financiera con el abrupto desplome de una sorprendente (por esperpéntica) burbuja inmobiliaria ha llevado a una vía muerta a la economía, en un escenario dantesco caracterizado por la extensión de los desahucios ante los impagos hipotecarios (y los suicidios que tanta repercusión mediática han alcanzado), las estafas bancarias masivas que han privado a familias de sus ahorros de

toda la vida, el desempleo masivo, los recortes de derechos sociales y laborales, la merma de los salarios, los aumentos indiscriminados de tasas y precios, y una violencia policial de otra época agitada en pacíficas manifestaciones de protesta.

Esta violencia representa de alguna manera un epifenómeno muy real resultado de un conflicto social más profundo, visibilizando de forma flagrante las relaciones de dominación realmente existentes en la sociedad. El hecho de que las desigualdades sociales hayan aumentado de forma dramática durante la crisis actual ha demostrado que no todos los estratos sociales la han padecido igualmente: los altos directivos de las grandes entidades financieras mundiales, perceptores de retribuciones multimillonarias y representantes de un estilo de vida privilegiado que contrasta obscenamente con la situación de la mayoría de los habitantes del planeta apenas han recibido castigo más allá de críticas a sus bonus (incluso algunos directamente relacionados con el desplome de sus compañías son premiados con puestos en consejos de administración de otras): sus empresas no sólo han sido rescatadas por los contribuyentes, sino que han emprendido una durísima defensa de sus intereses que ha reconducido en muchos casos a la imposición de drásticas tesis neoliberales, particularmente en Europa (Alonso y Fernández Rodríguez, 2012b). Esta defensa de los intereses del capital financiero ha alcanzado un ímpetu desconocido, adentrándose en territorios nunca antes aventurados (recortes, privatizaciones) que tienen como fin enriquecer más a los ricos, aunque esto repercuta necesariamente en empobrecer al resto (Chang, 2012). Frente a esta cerrazón de la casta financiera (con la complicidad indiscutible de parte de la clase política) en su brutal reforzamiento del statu quo, más y más sectores y grupos sociales se van viendo afectados por una creciente vulnerabilidad (resultado de la pérdida de sus derechos, estándares de vida, ingresos, etcétera), a fin de aplacar a unos entes, los mercados y las agencias de calificación crediticia cuyas reacciones negativas (en forma de subidas de primas de riesgo, bajadas de calificación crediticia, etcétera) pueden suponer una bancarrota colectiva. Es necesario tomar dolorosas medidas, mandar señales a los mercados, hacer sacrificios: precisamente esta última idea, la del sacrificio, se ha convertido en un distintivo particular de la actual crisis, sacrificios basados en los recortes de derechos y destinados a ofrendar a los mercados señales que permitan desviar su furia especuladora.

En este artículo, nuestro objetivo será el de explorar esta idea del sacrificio en la crisis, en la que de alguna manera los derechos de la ciudadanía han sido elegidos como chivo expiatorio para, con la excusa de calmar la violencia de los mercados, proceder a reforzar las relaciones de dominación existentes en la sociedad. Para ello hemos dividido esta contribución en cuatro secciones. En la primera parte, presentaremos las crisis financieras como fundamentalmente mecanismos de expropiación de la riqueza social existente, reivindicando así la importancia que los factores de control y castigo juegan en estas situaciones de depresión económica. La segunda sección se centrará en analizar el mecanismo de la deuda como uno de los vínculos económicos fundamentales en los que la violencia se hace manifiesta de forma más explícita, para pasar en la tercera parte a presentar un nuevo análisis (en el que somos deudores, sobre todo, del marco teórico proporcionado por los inclasificables trabajos de René Girard) de la crisis como sacrificio. Finalmente la cuarta sección, en la que vincularemos los argumentos presentados a la importancia que la crisis está teniendo como dispositivo disciplinario de algunas sociedades como la nuestra, cerrará el texto como conclusión.

2. Las crisis financieras como mecanismos de expropiación

Es extraordinariamente curioso el escaso papel que se le ha otorgado a los mecanismos de dominación social en el desarrollo de las crisis financieras. Si observamos la apabullante literatura que, lógicamente, se viene produciendo sobre la actual crisis o, igualmente, la que se rescata sobre las situaciones críticas anteriores podemos apreciar un buen número de tópicos y lugares comunes, que dan cuenta de dinámicas más o menos técnicas o incluso institucionales asociadas a las quiebras financieras, pero que poco o nada nos dicen sobre las fuerzas sociales en conflicto o sobre las razones prácticas de actores que ejercen o se resisten a los juegos de dominación que se asocian indefectiblemente a cada *crack* financiero. La crisis como dominación, violencia social y sacrificio exigido es una realidad que cuando más se hace presente en nuestro entorno más desaparece de las visiones más convencionales (oficiales o académicas) de las crisis financieras y lo social, cuando aparece, si aparece, sólo se enfoca como un efecto colateral de decisiones económicas consideradas autónomas y soberanas (aunque incorrectas), pero nunca referidas al campo social que les da su sentido y a las estrategias de poder que las explican.

No merece la pena que entremos aquí en las versiones más triunfalistas sobre la superioridad de los intercambios financieros desregulados, la banalización de las políticas económicas, las expectativas racionales con mercados de capitales eficientes y la economía decretada de crecimiento infinito de los mercados de futuros y derivados². La propia realidad de la crisis se ha encargado trágicamente de mostrar la irrelevancia científica y la inutilidad heurística de todas estas visiones teóricas, aunque sus dictados han seguido siendo considerados, desde todas las instancias políticas oficiales, inapelables y antes que admitir que sus prácticas nos han llevado al desastre social, se ha hecho una extraña reversión simbólica de tal forma que las víctimas se han vuelto culpables, las prácticas financieras, hasta las más fraudulentas, se han ocultado y naturalizado y se han generado todo tipo de políticas de drenaje de recursos de la sociedad y el sector público hacia la economía privada financiera haciéndolas pasar por medidas técnicas y dándoles el nombre siniestro de políticas de ajuste o de austeridad.

Pero, es que, en general en la explicación de las crisis financieras lo social ha venido brillando por su ausencia. Si contemplamos un estudio devenido en clásico tan sistemático, profundo y solvente como lo que hacen Reinhart y Rogoff en su *Esta vez es distinto: ocho siglos de neceidad financiera* nos encontramos un panorama a larguísimo plazo sobre las quiebras financieras, con un fuerte aparato cuantitativo y notables intentos de establecer indicadores del peligro de derrumbe, clasificaciones de los diferentes tipos de crisis, etcétera, así como de encontrar los fundamentos últimos en estas crisis, los factores estructurales que se repiten a lo largo de la historia y hasta los errores de percepción que, una tras otra crisis, cometemos alucinados por las ilusiones de crecimiento y beneficio de los momentos alcistas (Reinhart y Rogoff, 2011). Sin embargo, en ningún caso se estudian los actores sociales de estas crisis, los juegos de dominación que se despliegan en torno a ellos y la función disciplinaria que cumplen y han cumplido históricamente. Frente a esto lo que se presenta es un panorama de una especie de eterno retorno a la codicia, las burbujas primero infladas y luego estalladas, los endeudamientos excesivos y, sobre todo, la ceguera, casi general, para no tomar en consideración sobre todo a nivel político que, sin remedio, la crisis reaparecerá después de ciclos recurrentes de especulación, endeudamiento, apalancamiento y asunciones desproporcionadas de riesgo.

2 Una muy correcta y exhaustiva evaluación sobre las teorías antikeynesianas que dieron lugar a la gran burbuja financiera neoliberal, como las de Robert Lucas, Eugene Fama o Robert C. Merton, se encuentra expuesta en Hyme (2003), así como en Hyme y Bourghelle (2010).

Euforia y pánico desde la “tulipanmanía” de hace casi quinientos años hasta las hipotecas basura: siglos y siglos con el mismo esquema de aparición y desarrollo de las crisis financieras (Amat, 2009). Manías especulativas, activos sobrevalorados hasta el infinito, desvalorización brusca asociada a las conductas de pérdida de confianza, huida rápida de las posiciones, pánico creciente y contagioso y por fin crisis de endeudamiento con quiebra de las finanzas privadas y arrastre hacia el abismo de las cuentas públicas. El clásico análisis de Kindleberger sobre manías, pánicos y *cracks*, completado y actualizado por Robert Aliber, acaba estableciendo el mecanismo de las crisis financieras como diferentes modos y diferentes grados de eclipse de la racionalidad económica, ya sea por enajenación temporal, por imitación de conductas de riesgo o defensa, por consecuencias colectivas no queridas de acciones individuales calculadas o por errores contagiosos en la evaluación de riesgos (Kindleberger y Aliber, 2012). Los actores institucionales aparecen como tomadores de decisiones inversoras (correctas, o incorrectas, racionales o irracionales en diversa escala, legales o fraudulentas, etcétera), pero el marco de las relaciones de poder, los intereses de control y dominación y los perdedores sociales –los no inversionistas por ejemplo– de las quiebras, si se mencionan, sólo lo son de pasada y como figurantes anónimos de una obra en la que no juegan ningún papel medianamente relevante.

De esta manera, aunque alejándose de las simplificaciones evidentes –aunque triunfantes y dominantes a pesar de sus consecuencias– de la economía financiera neoclásica, lo que nos encontramos son básicamente explicaciones de los desastres económicos como procesos psicológicos (o mejor aún, de los fallos en los procesos psicológicos en la toma de decisiones correctas), explicaciones que han venido tomando cuerpo en una “economía del comportamiento” de matriz realmente neoconductista y que, aunque negadora de los supuestos básicos del individualismo racionalista neoclásico-liberal, no deja de aportar un enfoque que, a base de insistir en las ilusiones desviadas de la percepción económica, no sale de un análisis totalmente desocializado y despolitizado de las crisis financieras³. Ya sea avanzando por los carriles –no demasiado novedosos en el fondo– de la neuroeconomía o la economía emocional, o rescatando la genial intuición de Keynes –rescatada recientemente por Akerlof y Shiller (2009)– sobre los “espíritus animales” (ferocidad, pavor, estampidas, pánicos, ataques, etcétera) que mueven las conductas de los inversores financieros y, en general, de los hombres respecto al dinero en sus muchas acepciones y representaciones, lo que nos encontramos es una desustancialización del hecho social financiero y económico en general, así como una despolitización radical del sistema de intereses que construyen las lógicas del capital, del que se pierde su dimensión jerárquica y sus formas conflictivas de dominación y gestión (producción) de la desigualdad social.

Igualmente, la insistencia en convertir los temas estructurales del devenir de la crisis en episodios de desconfianza difunde una imagen de un mercado que funciona básicamente por la adhesión que genera la eficiencia en formación de precios, por la eficacia en el suministro de bienes y servicios, y los valores democráticos y liberales que genera en su funcionamiento nunca autoritario o coactivo. La confianza aumenta según aumentan las condiciones de ese mercado ideal, y disminuye según nos alejamos de él de tal forma que, en las crisis de confianza, o estas son pasajeras o cíclicas –eso que ahora se llama

3 Las referencias clásicas a esta escuela de la economía del comportamiento y de la conducta prospectiva son las obras que se derivan del psicólogo y economista israelí (y posteriormente norteamericano) Daniel Kahneman, premio Nobel de economía y forjador de una escuela fundamentalmente psicológica de estudio financiero de enorme éxito en la actualidad, en buena medida por su insistencia en el uso humano de trucos, atajos, trampas, engaños y autoengaños en la toma de decisiones económicas: véase así el artículo síntesis de Kahneman (2003), y las obras muy populares de esta escuela, entre las que destacan las de Shafir (2002) y Montier (2011).

ciclo económico real—, o responden a un esquema tan tautológico como que la confianza generalizada genera buenos principios para el funcionamiento económico y que el buen funcionamiento económico genera confianza, introduciendo por medio una versión degradada y mistificada del concepto de capital social⁴. Desaparece, con ello, la dimensión de estricto poder asociada a las grandes organizaciones económicas o a las empresas oportunistas, y su capacidad de dominio sobre los mercados reales, las ciudadanías nacionales y hasta las mismísimas instituciones políticas nacionales e incluso supranacionales.

Las explicaciones corrientes y hoy dominantes de las crisis financieras olvidan, por tanto, la dimensión “condigna” —de control y castigo— del discurso económico general y de la economía financiera en particular. Dimensión de fuerza, jerarquización y producción de desigualdad social que ya desde los análisis institucionalistas de John K. Galbraith (1984) sobre la anatomía del poder económico y el papel de los gerentes conocíamos de sobra, pero que hoy ha sido desterrada del pensamiento hegemónico por los relatos sobre la creatividad e inevitabilidad de los mercados financieros o por los planteamientos contractualistas del neoinstitucionalismo más tecnocrático (y conservador).

En la misma línea, el añorado economista crítico español David Anisi (1995) encontraba sujetos responsables de las crisis, “generadores de escasez” que imponen su poder de mercado (y las jerarquías políticas asociadas) para restablecer el control de las fuerzas económicas cuando su propia dinámica tiene resultados en la asignación y distribución de los recursos que limita o bloquea las expectativas de beneficio que las élites del poder económico consideran que pueden conseguir, junto a mayor poder y hegemonía⁵. La crisis es, entonces, un mecanismo de ajuste, corrección y refuerzo del poder económico, tanto desde el punto de vista de mayor control de las bases sociales de la acumulación privada, como del de desarrollo de los conflictos por el control entre élites, grupos económicos y formas de capital. La crisis, así, tiene siempre una dimensión de “némesis”, de venganza y castigo de un grupo social que impone sus reglas de juego, desposeyendo a otros grupos sociales del control y los recursos conseguidos en la evolución de un ciclo histórico. La crisis se puede interpretar, por tanto, como un juego de poder y control, con unos efectos disciplinarios que nunca pueden considerarse residuales o colaterales, sino que conforman el centro mismo del núcleo constitutivo de lo que entendemos como crisis.

La crisis, de este modo, no es una simple recesión o contracción del ciclo de negocios: es un mecanismo total de apropiación de recursos por parte de los poderes hegemónicos, y en esta última crisis que estamos viviendo los poderes financieros se conforman como los grandes disciplinadores sociales y depredadores de los recursos tanto de los grandes grupos sociales como de otras facciones del capital principalmente vinculadas a la producción real, cada vez más dependientes y entrampadas en las estrategias de subordinación desplegadas mediante los recursos del uso disciplinario del crédito, la deuda y la extorsión financiera⁶.

Ya Jürgen Habermas (1988), en plenos años ochenta del siglo pasado, indicaba que los efectos disciplinarios y conservadores de las crisis de los años setenta habían supuesto

4 Una revisión general del tema de la economía de la confianza se encuentra en Laurent (2012).

5 El enfoque de Anisi es especialmente interesante al establecer el tema del miedo como eje central del ciclo económico, pero no como pánico irracional, inesperado e individualizado que se convierte en estampida colectiva incontrolada, sino como presión de los poderes en reestructuración contra los sectores que han conseguido algún tipo de beneficio social en un período anterior (véanse los muy sugerentes Anisi, 1995 y 2010). En este mismo sentido es en el que trabaja Joaquín Estefanía (2011) en su análisis de la economía del miedo.

6 No vamos a entrar aquí en el debate actual sobre la financiarización como dominación social porque ha sido objeto de una reciente compilación de textos realizada por los autores de estas páginas (Alonso y Fernández Rodríguez, 2012a).

la neutralización de los intereses susceptibles de ser generalizables y su sustitución por intereses particulares de grupos cada vez más restringidos. La crisis es una fábrica de miedos, pero dicha fábrica no funciona por azar, sino que tiene fabricantes concretos y reales: élites que luchan por acrecentar su poder y su dominio cuando han perdido posiciones en el juego de la distribución o tienen expectativas políticas de aumentar el volumen de recursos, no sólo estrictamente económicos, que controlan. Las metáforas meteorológicas o físicas de las crisis (tormentas financieras, turbulencias, inestabilidad, desaceleración, etcétera) ocultan a los actores que están involucrados en ellas, tanto los que las sufren como los que las provocan; la gestión de riesgos es una radiografía de la estructura del poder social y el aumento de la exposición al riesgo, la vulnerabilidad y la incertidumbre se padece en función directa del grado de percepción de la crisis que experimenta una sociedad. La crisis, por tanto, es un discurso que construye un orden social⁷, naturaliza los poderes y hace imposible sus alternativas. Por ello toda crisis es, en definitiva, una ideología (produce sentido, impone una visión del mundo).

De hecho James O'Connor (1987), en una obra ejemplar y clásica sobre el significado de la crisis, ya concluía que la crisis económica era una palanca para la reestructuración del capital y la expropiación del trabajo —el capital acumula a través de las crisis—, con orígenes y resultados conflictivos en la estructura social y con derivaciones profundas en la configuración de las formas de expresión de la personalidad o, dicho de otro modo, en la formación misma de las subjetividades. La crisis como discurso adquiere, así, una condición performativa: crea el sentido del mundo social más que lo describe, institucionalizando una visión de la realidad social interesada que trata de hacerse con todo el universo de las representaciones colectivas (Bourdieu, 1997). De esta forma, la crisis se torna en un proceso de violencia simbólica (que puede devenir en violencia real) en el sentido que también Pierre Bourdieu (1999) explica en sus *Meditaciones pascalianas*, esto es, como una coerción que se instituye a través de la adhesión que el dominado ofrece al dominante por el desconocimiento de que se está ejerciendo un control eficaz sobre él. La crisis es una violencia simbólica que crea una situación de necesidad e inevitabilidad, generada gracias a la adaptación inconsciente de las estructuras objetivas y subjetivas, y que hace posible la incorporación de creencias e intereses particulares como si fuesen objetivos sociales generales, así como la aceptación de las clasificaciones sociales dominantes (lo que es bueno, lo que es malo, lo que se debe hacer, lo que no se debe hacer, lo que es favorable, lo que nos es desfavorable, lo que nos mejora, lo que nos empeora, etcétera), y provocando sumisiones que no se perciben como tales, sino que aparecen dotadas de una legitimidad propia y una naturalidad absoluta.

Desde que el capitalismo tomó el poder mundial hemos conocido y atravesado crisis financieras de diverso tipo y grado, que luego han arrastrado al conjunto de la sociedad a quiebras sociales, productivas, políticas, institucionales, y hasta morales, algunas de proporciones catastróficas; de hecho, parece que la crisis es el estado natural del capitalismo (Attali, 2009). Como teorizó en su día el maestro de economistas Robert Heilbroner, la “civilización de los negocios” ha estado en permanente tensión con el reformismo social: la financiarización como forma de imposición de los valores de la civilización de los negocios

7 Seguimos aquí a Foucault (1973) cuando trata de argumentar cómo las realidades que son presentadas como “naturales”, como neutrales y transparentes, son en realidad elementos efectivos de producción material del saber y del poder. La crisis, así, no es tanto una realidad “natural” aunque sea así presentada, sino que responde a mecanismos e intereses de dominación del sentido que vienen actuando sin pausa a lo largo de toda la historia del capitalismo. La crisis como discurso no es, pues, un mero descriptor de información, sino que su producción está complejamente regulada de acuerdo a los intereses históricos de todo “discurso” en tanto que realidad material.

sobre el conjunto de relaciones sociales (lo que significa siempre el intento de drenar la mayor parte de los recursos sean públicos, comunitarios o personales hacia los agentes financieros privados) crea ciclos de expansión especulativa y contracción restrictiva y disciplinaria⁸. Por ello, y como veremos en la siguiente sección también, el endeudamiento impuesto sobre las poblaciones se ha mostrado, históricamente, como la mayor palanca de expansión del poder financiero en todos los órdenes, y su pervivencia en la lógica de control capitalista se ha ido acrecentando y consolidando a través de su larga evolución. Los momentos redistributivos y sociales del capitalismo sólo se han producido como –en expresión de Pierre Rosanvallon (2012)– reformismo del miedo, esto es, de situaciones históricas del capitalismo en las que los conflictos sociales y geoestratégicos eran considerados demasiado peligrosos para la supervivencia de los propios poderes financieros: una vez reconstruido ese poder, las limitaciones sociales a su hegemonía van a ser siempre atacadas y minoradas hasta el máximo. El Estado de bienestar, el consenso monetario de posguerra (con la convertibilidad dólar-oro por fin desactivada a principios de los setenta) y el orden keynesiano habían sido la excepción social preventiva, dada la guerra fría y de grandes bloques geoestratégicos, la reconstrucción europea y la organización social-sindical fordista: una vez que estos tres elementos no están presentes después de su disolución en el ciclo neoliberal reciente desde finales de los ochenta, la financiarización se va a hacer absoluta, la crisis coronará el efecto disciplinario y los poderes privados-mercantiles, utilizando el mecanismo de la deuda, impondrán todo su peso, limitado únicamente por las resistencias sociales menos institucionales.

3. La violencia de la deuda

Como hemos señalado antes, la consolidación del neoliberalismo a finales de la década de los setenta como nuevo régimen de gobernanza del capitalismo impulsará de manera decisiva la financiarización de la economía global y de las relaciones económicas (Alonso y Fernández Rodríguez, 2012a). Este nuevo régimen, donde los actores económicos más poderosos pasarán a ser los financieros, supondrá transformaciones fundamentales en la concepción y gestión de la economía, de la sociedad y de la propia vida humana, desregulando los diferentes mercados (financieros, laborales, energéticos) y recuperando las ideologías de la competitividad mercantil y el economicismo más feroz como rectoras de la acción política (Harvey, 2007). Las estrategias cortoplacistas y de rápido beneficio (o directamente veloz rapiña) urdidas por los gestores de Wall Street y bendecidas por los economistas neoliberales de la escuela de Chicago se transformarán en leyes de hierro del crecimiento económico, lo que implicará una profunda remodelación de los equilibrios existentes entre sociedad, mercado y Estado. En este sentido, el mercado global cada vez más desregulado se convertirá en el centro o mejor dicho *maelstrom* de la vida económica y social de buena parte de la humanidad, donde la mano invisible conducirá las fortunas de algunos y las miserias de muchos una vez que los mecanismos institucionales de control, regulación y amortiguación son paulatinamente cancelados. El Estado-nación, por su parte,

8 El análisis del capitalismo como fundamentalmente una “civilización de los negocios” –frente a la típica interpretación puritana de la ética protestante, la austeridad y la realización en el trabajo de corte, más o menos, weberiano– que tiende a totalizar la realización de actividades lucrativas en el conjunto de lo social y por todos los medios, es el realizado por el clásico economista norteamericano Robert L. Heilbroner (1976), que ha inspirado los análisis de la crisis del politólogo Georges Corm (2012) y el macroeconomista crítico Daniel Cohen (2012).

reducirá sus funciones de intervención y sobre todo de redistribución para convertirse, cada vez más, en un mero garante del orden económico-financiero, oscilando entre una resistencia institucional más o menos (im)potente o la mera gestión autoritaria del complejo proceso de cobros y pagos que teje la cada vez más tupida globalización financiera. Este papel sin embargo no va a ser en absoluto menor, por cuanto va a desempeñar un rol fundamental en la resolución o prolongación de las crisis financieras que van a convertirse en elemento habitual en el nuevo paisaje de la globalización neoliberal, como veremos más adelante.

Economistas como el ya citado John Kenneth Galbraith han estudiado los mecanismos de funcionamiento de las crisis financieras, que nos pueden facilitar claves para comprender las características de estas crisis y las implicaciones que conllevan. En uno de sus opúsculos más conocidos, la *Breve historia de la euforia financiera* (1991), el gran economista indicaba que en las distintas burbujas financieras que han tenido lugar a lo largo de la historia reciente y que han conducido a crisis económicas de gravedad, desde la “tulipánmanía” hasta el *crack* del 87 (y a las que podríamos añadir, sin ningún tipo de problemas, las distintas crisis de la década de los noventa –mexicana, asiática– y la actual Gran Recesión), no han existido apenas innovaciones en la forma de desarrollo de estas turbulencias monetarias, ligadas todas ellas a deudas contraídas durante los episodios de especulación. Así, en cada una de estas grandes crisis, el origen se habría situado en la creación de una deuda garantizada en forma de unos bienes tangibles, que los acreedores confiarían en cobrar en algún momento. No obstante, la especulación y las innovaciones financieras terminan generando que el respaldo de dichos bienes a las deudas contraídas se vaya desligando progresivamente, hasta que la deuda se vuelve, como indica Galbraith (1991: 33) peligrosamente desproporcionada en relación a los medios de pago subyacentes. En el momento en el que los acreedores se deciden a ejecutar sus créditos ante los síntomas que hacen pensar que el valor nominal de los bienes ha alcanzado su techo, tropiezan con la fatal insolvencia de sus deudores, iniciando una carrera por el cobro que, espoleada por los comportamientos miméticos de los distintos acreedores, termina conduciendo a la crisis. El análisis de Galbraith sobre las deudas nos plantea que la resolución de las crisis se encuentra en los efectos del estallido de las burbujas sobre el sector financiero, que llevan a la quiebra de entidades financieras y su impacto sobre la economía real con desempleo, depresión en la inversión, casas y otras propiedades vacías, etcétera. Todo ello sería consecuencia de la irresponsabilidad de los especuladores y la incapacidad de los reguladores de atajar estos comportamientos arriesgados. Sin embargo, este análisis, aunque algo más histórico y realista que el de la llamada “economía del comportamiento” que vimos en la sección anterior, obvia otras cuestiones relacionadas con ese impago generalizado de las deudas, y cuya cancelación en un sentido o en otro implica, generalmente, unas notables dosis de violencia sobre las que trataremos de reflexionar a continuación.

Aquí hay dos aspectos que nos interesa recalcar. El primero es que las crisis financieras están motivadas, fundamentalmente, por un fenómeno sobre el que se reflexiona de manera poco sistemática: la deuda, como correlato difuminado pero necesario de otros términos dominantes (y sin dudas más atractivos) en el léxico del discurso mercantil contemporáneo: apalancamiento, financiación, inversión, hipoteca, préstamo. El segundo aspecto está relacionado con otro componente asimismo eludido en la reflexión cotidiana sobre el capitalismo neoliberal y del que ya hemos dado cuenta en la sección anterior: su violencia, tanto simbólica, como en plano real (física, ejercida sobre las propiedades, los derechos y los cuerpos), que va a ser ejercida sobre la sociedad en general y sobre los individuos en

particular⁹ con el fin de que estos se adapten a los nuevos requerimientos exigidos por la biopolítica neoliberal y a las reglas de los mercados financieros actuales, sancionadas estas convenientemente por las diferentes legislaciones mercantiles, civiles y penales existentes tanto nacionales como internacionales.

Indudablemente, las crisis financieras están directamente relacionadas con el fenómeno de la deuda, una relación de carácter económico que parece haber acompañado a la humanidad desde el principio de los tiempos (Graeber, 2012) y que en las últimas décadas ha adquirido un papel preponderante como impulsor del crecimiento económico, hasta el punto de definirse el capitalismo actual como un capitalismo impulsado por la deuda (Stockhammer, 2009; Koch, 2011) y en el que dicha deuda juega un papel esencial en la supervivencia del propio sistema (Lazzarato, 2012). La financiación a los consumidores permite que estos estimulen lo suficiente la economía capitalista como para que funcione; los Estados se basan, en gran medida, en los déficits públicos como herramienta de sostenimiento de los diferentes servicios públicos (Graeber, 2012). La deuda ha significado un factor constante de las relaciones sociales primigenias a lo largo de nuestro particular proceso de civilización, desarrollándose desde el origen de las sociedades monetarias en formas muy diversas y con una influencia decisiva en la conformación de la misma sociedad: del don se pasa a la deuda y ello deriva en relaciones sociales concretas, tal y como nos indicó Mauss (2009). La deuda es, desde otras perspectivas más cercanas a la filosofía y el psicoanálisis, la que mantiene la alianza entre los distintos seres humanos, imponiéndose sobre los individuos en forma de bloques de distintos tamaños, y permitiendo esas deudas contraídas “enderezar” al hombre, marcarlo en su carne, volverlo capaz de alianza con el resto (permitiendo la emergencia de la sociedad), sumergirlo y formarlo en la relación entre acreedor y deudor (Deleuze y Guattari, 2004: 191-197). La deuda genera unas cadenas que anudan a los distintos individuos y a grupos a la sociedad: nacemos con una deuda – buena parte de las religiones se fundan en este hecho primordial– o esta se nos inscribe en algún momento de la existencia: por superar un rito de paso, por adquirir un espacio para vivir, por obtener sustento, por salvaguardar la integridad física, etcétera.

En este sentido, las referencias al monumental trabajo de David Graeber *En deuda* (2012) son imprescindibles, por cuanto en su detallada historización antropológica de la deuda se centra en demostrar que la deuda no deja de ser una mera reconceptualización de unas relaciones entre seres humanos basadas en la violencia, convirtiendo en una relación moral (la que mantiene el deudor con su acreedor) una asimetría de partida resultado de la maniobra de dominación y desposesión ejercida por unos sobre otros. De hecho, y como señala Graeber, no sólo mediante el poder puede ejercerse el derecho de cobro, sino que en buena medida las relaciones fundadas en la violencia física (la conquista de un pueblo por otro, con la apropiación de riquezas y personas) han evolucionado, a lo largo de la historia, hacia una conversión en relaciones de deuda económica cuantificada en una específica cantidad de dinero a pagar, por la que los subyugados deben pagar un tributo a sus nuevos amos en compensación a la posibilidad, en algunos casos, de simplemente seguir viviendo. La deuda sería una perversión, fruto de una promesa (de pago) corrompida por las matemáticas y la violencia. De este modo, y como Graeber va a mostrar a lo largo de las numerosas páginas de su obra, desde los albores de la humanidad las relaciones monetarias han sido el resultado de una transmutación económica de actos sociales relacionados con la violencia o la amenaza de la misma: crímenes, guerras, esclavitud, recompensas, etcétera. Esta violencia ha sido la que ha permitido, a lo largo

9 La violencia ha jugado un papel fundamental en la conformación del orden social: ver por ejemplo North, Wallis y Weingast (2009).

de la historia, equiparar el valor de las personas al de las cosas y conseguir que algunos seres humanos queden en deuda con otros, compensándoles con pagos de distinta especie (fundamentalmente monetarios) o distintas formas de obediencia. El cálculo demanda una equivalencia, y para que ello pueda tener lugar es imprescindible ejercer una violencia sobre los sujetos que destruya sus lazos sociales y los encadene a unas deudas. En este sentido, el capitalismo occidental supondrá una continuación refinada de este régimen, si bien la violencia se irá articulando, progresivamente, de una forma diferente –con menos énfasis en la dominación violenta sobre el cuerpo y el castigo físico pero sí con otras penas y compromisos¹⁰–, como veremos a continuación.

El capitalismo representa, así, una cierta culminación de este papel de la deuda como generadora de cadenas dentro de la economía, particularmente en su estadio contemporáneo de financiarización total de la existencia, lo que ha llevado a algunos autores a citar al “hombre endeudado” como emblema de nuestra época (ver Lazzarato, 2012). Pero ya el mercado de trabajo supone, desde su conformación en los albores del capitalismo, una muestra palpable de la operación de ese mecanismo transmutado de la deuda: el campesino y su familia, expulsados de sus tierras, o el artesano arruinado, se transforman en proletarios sometidos a una situación sin precedentes, con una libertad que puede ejercerse en cualquier sentido, incluido el de morir de hambre, pero que termina siendo utilizada para someterse a la servidumbre del trabajo asalariado como única forma de garantizar su subsistencia¹¹. En este sentido, en el capitalismo todos aquellos que dependen de un salario se encuentran encadenados a la necesidad de adquirir bienes imprescindibles para su existencia (alimentos, un hogar, ahorro para su retiro) que sólo pueden ser financiados mediante su sumisión a los ritmos impuestos por las fábricas industriales o al trabajo disponible en las explotaciones agrícolas. La condición proletaria y jornalera se caracterizan por ese mundo de la privación que supone encontrarse en una deuda permanente, en la que la supervivencia económica sólo se consigue mediante una sumisión a la explotación económica y otras formas de dominación sobre los cuerpos. La violencia es, por tanto, manifiesta en este régimen económico y se ejerce sobre la mayoría de los individuos. Esta situación de deuda como suerte de pecado original del no propietario se suavizaría en parte a partir de la redistribución keynesiana gracias a los derechos económicos asociados a la ciudadanía laboral (Alonso, 2007), si bien de forma parcial y restringida a los países incorporados al centro del sistema capitalista occidental (no para los sufridos habitantes de las periferias y semiperiferias, donde la explotación marcada por la violencia más extrema continuará su curso). Sin embargo, la hegemonía del pensamiento neoliberal y su influencia a partir de la década de los setenta en la conformación de una nueva biopolítica (Foucault, 2009) han supuesto un paulatino regreso a formas previas de dominación social que favorecen el incremento de las desigualdades, como resultado de la exacerbación de la libre competencia, el egoísmo individual y la confianza en el mercado como única institución capaz de distribuir de manera eficiente las riquezas generadas, y a un énfasis en el papel del Estado como policía y gestor de una política punitiva en escalada creciente ante la inseguridad social que resultará de las crecientes desigualdades (Wacquant, 2009). Además, la consolidación del neoliberalismo supondrá también la hegemonía del capital financiero, cuya hipostatización por parte de los economistas leales y afectos al nuevo régimen financiarizado tendrá una influencia decisiva

10 Es imprescindible, en relación a esta cuestión, recuperar al Foucault de *Vigilar y Castigar* (Foucault, 1979) para recorrer la evolución de las formas penales, desde el castigo físico público hasta la reclusión carcelaria con objeto de reinserción.

11 Para profundizar sobre estas grandes transformaciones sociales tenemos la referencia de trabajos clásicos como los de Polanyi (2011) o el recientemente reeditado de E. P. Thompson (2012).

en el impulso de un mal llamado “capitalismo popular”, en el que los pequeños inversores y ahorradores comenzarán a participar, de forma directa o indirecta, en la canalización de los flujos monetarios internacionales y al mismo tiempo, expondrán también sus patrimonios a los vaivenes de la globalización. Ello tendrá importantes consecuencias en la cuestión que aquí nos atañe, la del endeudamiento.

Y es que en los países donde el neoliberalismo alcanza la hegemonía política se va a observar un hundimiento paulatino del nivel de vida de las clases trabajadoras y medias (Boltanski y Chiapello, 2002). La persistente inflación, el encarecimiento de los bienes básicos de consumo (inmobiliarios, alimentación, etcétera), el estancamiento de los salarios y una política económica proclive a los intereses del capital terminarán obligando a las familias a la necesidad progresiva de recurrir al crédito para poder mantener el nivel de vida, acceder a la propiedad inmobiliaria o simplemente subsistir (Aglietta y Orléan, 1990: 337 y ss.). En este sentido, el ciclo neoliberal reciente se ha caracterizado, tal y como ha señalado Graeber (2012: 486 y ss.) por una auténtica explosión de los mecanismos de crédito creados por el pujante sector financiero como vía para adquirir más y más beneficios. Así, a la generalización de las tarjetas de crédito –American Express se crea en 1971, el mismo año en que Estados Unidos abandona el patrón dólar-oro que va a inaugurar una nueva era de volatilidad financiera– acompañarán otras dos decisiones en materia de deuda fundamentales. Una, a nivel nacional, será la desaparición o al menos erosión de las leyes de usura en muchos países (un ejemplo es el *Monetary Control Act* de 1980), permitiendo la aplicación de elevadísimas tasas de interés sobre diversos préstamos personales o la posibilidad de aplicar tipos de interés variables sobre las hipotecas (Aglietta y Orléan, 1990: 384). Ello condenará en muchos casos a las familias de clases trabajadores y medias al endeudamiento forzoso para hacer frente a sus distintos gastos, convirtiéndose esta necesidad de vivir a crédito y permanentemente endeudado en una forma de vida recomendada por las autoridades y celebrada por economistas y hasta religiosos convertidos al neoliberalismo más furibundo. Aquellos sin capacidad de endeudarse para afrontar mínimos compromisos, como poder pagar seguros o tener acceso a la educación, van a ser, haciendo un símil aristotélico, bien dioses (las clases altas) o bestias (los excluidos). La segunda, de carácter internacional, será la redefinición del Fondo Monetario Internacional (FMI) como una institución mundial cuya finalidad va a ser la de cooperar con los acreedores internacionales y facilitar el pago de las deudas contraídas por parte de los Estados-nación con los grandes inversores financieros, acompañada de profundas reformas legislativas en entidades tanto nacionales como supranacionales (Harvey, 2007; Graeber, 2012). Ambas cuestiones serán esenciales para comprender la progresiva financiarización del mundo y el progresivo endeudamiento de los diferentes agentes económicos.

Tal endeudamiento se ha intensificado desde la década de los setenta, tanto por parte de los hogares como de los Estados y de las empresas. De este modo, los excedentes de los denominados países acreedores (petrodólares desde 1973, potencias industriales exportadoras como Alemania y Japón primero y China después) se canalizarán hacia los grandes bancos norteamericanos, que los reciclarán en préstamos a países en vías en desarrollo o que experimentan repentinos períodos de crecimiento a través de la deuda (Graeber, 2012; Alonso y Fernández Rodríguez, 2012a). Al mismo tiempo, en el espacio de los países sometidos al *shock* neoliberal se va a experimentar un fuerte endeudamiento resultado de la creciente competitividad y la proliferación de burbujas especulativas, fenómeno que padecen empresas y particulares por igual y que terminará afectando gravemente a algunos Estados, muchos de ellos rescatados in extremis de la quiebra con préstamos condicionados a duras condiciones de ajuste económico monitorizadas por el FMI. La consecuencia de esta tendencia al endeudamiento es el peso creciente del sector

financiero en la economía de los países que han sufrido mayores desregulaciones, que aprovecharán el contexto de liberalización para realizar sofisticadas innovaciones en los productos de inversión a ofrecer a sus clientes, a la vez que diseñarán nuevas fórmulas de crédito enfocadas a esas clases medias y trabajadoras cada vez más depauperadas. De este modo, la economía financiera terminará, a mediados de la década pasada, adquiriendo un valor monetario disparatado y muy superior al de la actividad económica industrial (Harvey, 2007), de lo que se desprenderán dos consecuencias: en primer lugar, y como se indicó antes, que el capital financiero condicionará al industrial, instaurando una cultura del beneficio cortoplacista que adentrará a las empresas de sectores industriales en la senda de estrategias destinadas a satisfacer los intereses inmediatos de rentabilidad de sus accionistas, destruyendo las bases del pacto keynesiano; en segundo lugar, que la necesidad continua de obtención de beneficio de las entidades financieras las conducirá, de manera inexorable, a aventurarse en préstamos cada vez más arriesgados que serán a su vez asegurados y comercializados mediante otros complejos productos financieros, generando una espiral de deudas entrecruzadas cuyo crecimiento no parece encontrar límites, y que durante un período concreto llegó a ser aplaudido por gobiernos y *lobbies* como ejemplo armonioso y robusto de crecimiento económico.

Sin embargo, ese supuesto círculo virtuoso de crecimiento y endeudamiento en ocasiones termina topándose con sus límites reales, y entonces la crisis se manifiesta en toda su intensidad. Las crisis monetarias, tal y como Aglietta y Orléan (1990: 141 y ss.) han señalado son, fundamentalmente, un repentino conflicto entre acreedores y deudores, donde en la incertidumbre los primeros intentan hacer valer sus derechos con el fin de recuperar su riqueza y se desencadena una lucha social entre ambos, lucha social inherente a la condición humana (que de acuerdo con estos autores, que siguen el esquema teórico del idiosincrásico pensador francés René Girard, es violenta). La crisis se generaría por la violencia inherente a la economía de mercado (en la que la violencia de la moneda ha sublimado de manera momentánea la violencia humana real), la cual estimula un conjunto de comportamientos miméticos en los que cada sujeto-individuo imitaría al resto, siendo el otro a la vez modelo y rival (Aglietta y Orléan, 1990: 18). Este mimetismo supone que, de acuerdo con estos autores, nuestras decisiones económicas que implican compras, créditos, etcétera, serían una respuesta mimética a los comportamientos de otros: les imitamos y a la vez tratamos de competir con ellos, lo que forma parte del juego capitalista de competencia en todos los ámbitos. Las crisis financieras serían las situaciones en las que tal violencia se desencadenaría con más fuerza, pues las finanzas son también el campo donde estas relaciones de mimetismo se experimentan de forma más intensa: la especulación sería un caso clásico, rompiendo con las leyes walrasianas de la formación de precios y generando un deseo de acaparamiento que imita a otros especuladores y crea rivalidades (Aglietta y Orléan, 1990: 277). El libre mercado parece, de acuerdo con la teoría neoclásica, consagrar el individualismo, pero en realidad lo que sentimos es horror a la diferencia y terminamos imitando al resto en la mayoría de nuestras decisiones. Esto podría explicar, desde esta perspectiva girardiana, la generación de burbujas especulativas como las que salpican los mercados financieros globales, los comportamientos de los altos ejecutivos y de ciertas clases medias y, sobre todo, también los repentinos deseos colectivos despertados en situaciones de incertidumbre que impulsan el recuperar inversiones aunque ello lleve a los deudores al colapso¹². En este último caso, además de la mimesis es fácil advertir que

12 De este modo, cuando los depositantes de ahorros retiran su dinero de forma masiva de una institución financiera dudosa, el efecto final es evidentemente el de la suspensión de pagos. Un ejemplo reciente en relación con este colapso de los deudores es el estupendo trabajo sobre las cajas de ahorros británicas

la violencia se va a presentar de manera evidente en esa pugna por recuperar el valor monetario pactado.

Por tanto, para Aglietta y Orléan (1990: 137), la crisis es ese momento en el que los agentes tratan de satisfacer sus deseos reclamando los derechos que les reconoce la soberanía monetaria, pero encuentran en su lugar una ruptura de la legitimidad existente en el mundo económico (de modo que su inversión es irrecuperable en parte o por completo) en el que además se produce una súbita pérdida de significación del cálculo económico (con la correspondiente incertidumbre) y, desde ahí, de los lazos sociales contruidos hasta entonces. La mimesis se intensifica y se agita una creciente violencia. Así, experiencias como las hiperinflaciones o bancarrotas son ejemplos perfectos en los que por detrás de unos movimientos macroeconómicos turbulentos encontramos una configuración social concreta, y fuertes reflejos miméticos en los comportamientos de los individuos. Y como indican estos autores, en esos momentos de caos monetario y graves conflictos sociales las instituciones deben tomar decisiones muy importantes, asumiendo el Estado unas medidas u otras en función de los equilibrios de poder existentes en la sociedad (Aglietta y Orléan, 1990: 254), lo que puede significar jerarquizar los derechos de cobro de las deudas, establecer quitas, marcar límites o, como es frecuente en la actualidad, asumir la socialización de las pérdidas... En este proceso de intentos de resolución de la crisis económica o financiera se generarán un conjunto de dinámicas sociales en las que la violencia, real o simbólica, explotará de una manera u otra, lo que podría llevar, en un caso extremo, a la implosión del propio sistema capitalista o al menos de su sistema financiero, tal y como llegó a suceder en 1929 o, de forma menos acusada, en septiembre de 2008. Sin embargo, en el caso de esta última crisis financiera, como por otra parte en otras anteriores, la violencia generada ha sido canalizada en una dirección muy concreta, lejos del mercado, y apuntando al corazón de la sociedad.

4. La resolución de la crisis como sacrificio

Las crisis financieras se suceden pero el mundo financiero sigue vivo, y no sólo eso sino que además crece engordado por los múltiples cadáveres que va dejando en el camino. ¿Dónde se encuentra la fórmula mágica para su supervivencia? ¿Por qué pese a ser el espacio de las finanzas responsable de las crisis la violencia de estas no lo termina de asolar? En este sentido, la obra ya mencionada de René Girard (1989, 2002a, 2002b, 2005, 2011, 2012) nos puede proporcionar un marco teórico de gran interés para ayudarnos a reconstruir la salida, aunque sea parcial, de la crisis, a partir de su teoría del chivo expiatorio. Para Girard (2011: 23), el principio de rivalidad domina todos los campos de la experiencia, y cuando esta se desencadena, termina sembrando la confusión. Esto encaja bien, tal y como indicamos anteriormente, con una imagen del mundo financiero en la que este se encuentra presidido por unas intensas relaciones miméticas entre los agentes que operan en dicho campo: todos ellos pretenden enriquecerse al igual que el resto y ve a los otros (bancos, brókeres) como rivales a la vez que modelos de conducta. Los patrones de comportamiento del sector bancario español durante la última y no resuelta crisis son un ejemplo indudable. Se pretende competir con los rivales (en el mercado nacional, europeo) y a la vez se imitan las estrategias y prácticas del resto (fuerte exposición al sector inmobiliario, masivo endeudamiento con entidades financieras extranjeras, elevadas remuneraciones de sus altos ejecutivos, mismas loas a la solvencia del sistema financiero español, etcétera). En esta

nacionalizadas de Klimecki y Willmott (2012).

competencia sin cuartel, los agentes irán asumiendo posiciones cada vez más antagónicas, unidos en unas relaciones que, en el caso que nos ocupa, van a adoptar las de acreedor y deudor que están permeando por otra parte todo el mundo socioeconómico del nuevo capitalismo dirigido por la deuda. El mimetismo es fuerte entre los agentes financieros, pero también entre las familias, que por superar a sus rivales asumirán decisiones financieras cada vez más arriesgadas (sea conceder préstamo a agentes menos solventes o adquirir una vivienda más costosa): se genera una curiosa paradoja por la que conforme mayor es la armonía de los agentes con el valor supremo (en este caso, el ídolo del dinero), mayor se hace el peligro de autodestrucción, resultado de un paroxismo mimético que abandona toda racionalidad en las decisiones económicas. La burbuja inmobiliaria sería visto como esa metáfora de “un país todo él presa del mal de los fogosos”, que diría Saint-John Perse (citado en Girard, 1989: 65). Finalmente, esta exacerbación encuentra sus límites al estallar la crisis.

Girard (2002a, 2005) considera a lo largo de su compleja obra que las crisis en las sociedades conllevan una fuerte dosis de violencia: suponen un hundimiento de las instituciones existentes, que en otra época pudieron ser la paz del clan o de las ciudades medievales, afectadas por un desastre o una calamidad (malas cosechas, enfermedades). Así, en algunos de sus ejemplos más clásicos, Girard (2002a) indicaba cómo en el caso de una enfermedad como la peste la violencia aumentaba ante la incapacidad de las instituciones existentes por proporcionar una respuesta. La salida de la crisis era, y ha sido en su opinión, habitualmente la misma: se señalan primero unos posibles culpables (las víctimas, en el caso que cita Girard los judíos) aunque estos sean inocentes y, desde ahí, se desarrolla una persecución por parte del resto que culminaba con la muerte o expulsión de la víctima señalada, el chivo expiatorio (en el caso anterior, los judíos asesinados). La violencia sirve como catarsis liberadora, que permite recuperar los lazos en descomposición de la comunidad a través de una experiencia colectiva de sacrificio de la víctima, apaciguando la violencia hasta la siguiente crisis. El chivo expiatorio será esa víctima inocente que polarizará sobre ella el odio universal (Girard, 1989: 15). Este crimen colectivo tiene como finalidad recomponer las relaciones sociales, hasta el punto que Girard (2005: 153) llega a afirmar que sin la crisis sacrificial, y partiendo de que la violencia está siempre ahí dispuesta a ser agitada por las rivalidades miméticas, la comunidad se destruiría por completo. La violencia del sacrificio permite la reinstauración del orden y la aparición de la esfera de lo sagrado, paradójicamente en la forma de adoración religiosa a un tótem, dios o símbolo derivado del citado chivo expiatorio (Girard, 2002a, 2002b, 2012).

Curiosamente, este esquema girardiano puede proporcionarnos un marco muy rico de análisis en nuestro análisis de las crisis financieras. El chivo expiatorio es un elemento esencial para comprender la forma de operar de la política neoliberal. Aglietta y Orléan (1990: 423), cuya obra está fuertemente influida por Girard, afirmaban que los gobiernos de los Estados Unidos en el período 1971-1987 habían ido consumiendo varias víctimas propiciatorias: el extranjero, el laxismo del Banco Central, la burocracia de las instituciones públicas, los pobres y los desempleados, y en todo ese proceso los antagonismos dentro de la sociedad se reafirmaban cada vez más, por cuanto las agresivas medidas finales asumidas por la administración de Reagan (reforma del sector público con despidos y pérdida de derechos sociales y laborales de sus trabajadores; reducción drástica de los programas sociales) se encontraban en el campo real de las luchas sociales. Ello les llevaba a señalar que la violencia parecía no poder ser exorcizada ni siquiera en el marco de una democracia representativa. En este sentido, la figura del chivo expiatorio puede ser un

concepto de enorme utilidad para comprender las crisis económicas actuales y su enorme carga de violencia¹³.

¿Por qué estalla la crisis de 2007-2008? Fundamentalmente por la incapacidad de algunos agentes financieros de responder a sus acreedores tras aventurarse en complejas operaciones financieras de alto riesgo resultado del efecto mimético –los activos tóxicos nacen ante la necesidad creciente de generar balances con beneficios–, lo que ocasiona situaciones de enorme violencia simbólica –posibles quiebras bancarias masivas con posible pérdida de ahorros e inversiones para casi toda la ciudadanía–, que obliga a una enorme movilización de recursos públicos que consagra el *too big to fail* y la definitiva hegemonía del sector financiero a lo largo de este proceso de crisis. Los ciudadanos (las multitudes) se muestran indignados y dirigen su violencia hacia los banqueros/brókeres, pero la mayoría de ellos están participando, unidos por múltiples redes de deuda, en el funcionamiento del mismo y tienen por ello interés en que permanezca. Ante esta situación, pronto el mundo financiero y sus voceros, en alianza con una parte de la ciudadanía (la interesada en que la dinámica de competencia continúe, presa de las rivalidades miméticas), se dirigirán a perseguir distintos chivos expiatorios en distintos niveles. En los Estados Unidos, el primer chivo expiatorio serán los receptores de hipotecas basura, que serán desahuciados; después, y tras el salvamento de las entidades financieras, distintas partidas del gasto público. En el caso europeo, la alianza entre la banca y parte de la ciudadanía más conservadora ha conseguido atraer la atención sobre otros chivos expiatorios, en este caso los irresponsables Estados del sur de Europa (los PIGS), con Grecia a la cabeza y a los que se acusará de haber malgastado sus recursos, no haber hecho reformas estructurales, no haberse modernizado pese a recibir dinero de la Unión Europea, haber vivido por encima de sus posibilidades, etcétera. Se les pide además (y así lo hacen sus gobiernos) que reconozcan libremente su culpa, su entusiasta adhesión a esa decisión que los anula (lo que parece literalmente tomado de Girard, 1989: 141): los españoles (los de las clases populares, particularmente) deben reconocer así que, efectivamente, han vivido por encima de sus posibilidades¹⁴. Al mismo tiempo, las clases dominantes pueden mantener sus privilegios reforzados, aprovechar las pasarelas entre cargos públicos y privados, sortear todo obstáculo ético a favor de la obtención de beneficios personales y, en definitiva, acumular sin freno por desposesión del resto.

Dentro de un espacio como el propio Estado español, la gestión de la crisis ha apuntado a diversos chivos expiatorios ante la necesidad de calmar las calamidades escupidas por ese monstruo sagrado denominado “Mercados”, al que es necesario aplacar con continuos sacrificios como si de un Tezcatlipoca del siglo XXI se tratara. Distintos chivos expiatorios han ido desfilando a lo largo de la crisis ante la pira sacrificial: salarios y contratos de empleados públicos y privados, derechos laborales y sindicales históricos (destacando la furia con la que se ha atacado a los sindicatos mayoritarios, sus líderes y liberados), gasto sanitario y educativo, pero también personas de carne y hueso que lo han perdido todo... La crisis española tiene un origen financiero, resultado de una burbuja inmobiliaria especulativa alimentada a partir de la rivalidad mimética de la ciudadanía que quiere una

13 Por cuestiones de espacio y pertinencia nos vamos a centrar en aplicar el análisis del chivo expiatorio a la crisis económica actual. No obstante, un vistazo a acontecimientos pasados nos hará comprobar que, en el caso de las salidas conservadoras, reaccionarias o directamente fascistas a las crisis económicas, siempre vamos a encontrar unos chivos expiatorios: los judíos, los subversivos, los inmigrantes, etcétera.

14 En este sentido, algunas investigaciones sobre la crisis económica y los hábitos de consumo han mostrado que ese tipo de argumentos moralizadores son hegemónicos en la sociedad española (Alonso, Fernández Rodríguez e Ibáñez Rojo, 2011).

casa en propiedad o “invertir”, que termina generando una situación de indiferenciación: le dan una hipoteca a cualquiera, con pasarse por la oficina uno firma por valor del 100 % de la hipoteca, etcétera. Al estallar la crisis, las deudas no se pagan y la violencia estalla de forma intensa: se refinancia a algunos (promotores, grandes empresas de construcción), pero se desahucia por la fuerza al pequeño propietario endeudado y pobre (chivo expiatorio), que queda encadenado de por vida a sus deudas restantes gracias a la estricta ley hipotecaria española. Pero esto no es suficiente, la banca finalmente debe ser rescatada y desde ahí la dinámica del chivo expiatorio se intensifica: hay que aplacar a los mercados para que financien nuestra deuda pública, la cual es necesaria para mantener el sistema financiero a flote, por lo que si estos mercados valoran positivamente las medidas de sacrificio que se realizan, quizá contemos con más posibilidades de dejar la crisis atrás. Para superar nuestra situación de deudores bajo sospecha, debemos ejercer una violencia sobre chivos expiatorios (echar del trabajo, dejar sin atención médica, cobrar por servicios básicos, recortar salarios y promoción, perder sus ahorros, etcétera) que nos permita una tregua de los mercados que a la larga sirva para recomponer el antiguo orden sagrado del mercado financiero de deudas cruzadas y a priori susceptibles de ser cobradas sin problemas.

De la crisis se sale así de dos formas. La primera es pagando lo que se debe, en muchos casos obtenido mediante préstamos relativamente irresponsables pero que demuestra la importancia que la deuda sigue teniendo en la situación de dominación propia del capitalismo: los Estados, empresas (pequeñas y medianas, claro) y hogares endeudados deben pagar sus deudas, y están encadenados al sistema debido a ellas. Ello implica ser más competitivos y trabajar más, innovar más, gastar menos. La segunda es mediante el sacrificio ineludible de unos chivos expiatorios que, como en el esquema de Girard, pertenecen a categorías victimarias evidentes: las clases más desfavorecidas y los trabajadores del sector público, sacrificio sostenido sobre un discurso político en el que se advierte que se ha vivido por encima de nuestras posibilidades mientras en el sector financiero continúa el goteo de nacionalizaciones. Esto coincide casi punto por punto con algo que señalaban de manera irónica Aglietta y Orléan (1990: 29) hace más de dos décadas: “la recesión es un saneamiento después de los excesos de la prosperidad, una llamada al orden y a la medida para todos aquellos que tienen la imprudencia de vivir por encima de sus posibilidades, es decir, para los trabajadores y los pobres”.

5. Conclusión: la crisis como dispositivo disciplinario

El elemento sacrificial es esencial, por tanto, en el relato típico y tópico de las crisis capitalistas, porque indica que desde un encuadre patológico y terapéutico de la crisis —el más convencional y defendido desde los poderes establecidos—, el riesgo de derrumbe sistémico es presentado como responsabilidad siempre de una combinación de los enemigos exteriores que nos contagian (el comercio internacional, otras economías, los precios de materias primas incontroladas, las maniobras financieras remotas, etcétera) y los enemigos interiores que nos saquean y debilitan (los que no trabajan lo suficiente, los que han vivido por encima de nuestras posibilidades, los intoxicadores, los que han malgastado y dispendiado, etcétera). No obstante, lo que no cambia es el desenlace de la narración que siempre es el esperado: solicitar mayor poder y autonomía para las élites pudiendo constituirse en “cirujano de hierro”, para ajustar, “sanear”, recortar y revitalizar el cuerpo económico. Las crisis capitalistas, en general, y la última crisis financiera en concreto de manera extrema, han manejado los elementos argumentales y los recursos retóricos propios

del relato de terror¹⁵ –la inevitabilidad del mal, la fabricación del desasosiego, la crisis como monstruo cruel e insaciable, etcétera– que tienen como efecto la creación de la máxima ansiedad, la determinación de los culpables necesarios (los judíos, por ejemplo, en otras crisis históricas, el excesivo gasto público en esta), la creación de los chivos expiatorios (hoy el Estado del bienestar o los pobres hipotecados y endeudados), la justificación de las medidas más duras e implacables (siempre coincidentes con el código de valores del poder dominante convertido en padre vengativo) y la adhesión regresiva e infantilizada de las capas más debilitadas de la población que aceptan perder derechos, salarios, servicios y rentas con tal de sobrevivir a ese Moloch financiero desatado. Evidentemente el miedo es el mensaje, ampliado hasta el infinito por los medios de comunicación –cada vez más incrustados en la propia lógica del capital– y por ello mismo el castigo de los que trataron de vivir fuera del código del poder económico (o sea de la lógica del mercado) es la solución. Se irán sacrificando así –y lo hemos vivido especialmente en la crisis actual– al mercado (el gran tótem recurrente de la modernidad capitalista) todos aquellos elementos impuros que se han ampliado en los tiempos sociales o públicos del ciclo económico, y ese sacrificio servirá de ejemplo y escarnio de aquellos que son presentados como que no están sometidos al control y la disciplina de la razón mercantil (funcionarios, personas dependientes, subvencionados, asistidos, actividades culturales consideradas como no rentables, etcétera).

La crisis, así, ha estado permanentemente presente en el proyecto moderno precisamente por el carácter ambivalente y contradictorio de ese proyecto, escindido siempre entre su dimensión de progreso social y avance civilizador y su eterno retorno a la centralidad de la acumulación del capital por cualquier medio (Bauman, 2005). La crisis por ello tiende a hacerse socialmente global, ya que si bien suele declararse en el subsistema económico y de acumulación, rápidamente contagia y desequilibra a los otros subsistemas (político, de legitimación, cultural, de valores, etcétera) porque el sentido central del relato moderno y su razón es lo económico, y si el capitalismo es en realidad, como genialmente diagnosticó Joseph Schumpeter (1971), un proceso de permanente destrucción creativa, la crisis representa paralelamente la reestructuración permanente, la incertidumbre institucionalizada y manipulada que entra a formar parte de la trama misma de la vida de los grupos sociales. La crisis, por tanto, es la forma de las sociedades de vivirse a sí mismas según un código de valores que surge de las formas de planteamiento y gestión del conflicto social, y así como el progreso y el espíritu de conquista marcaban el discurso dominante en la modernidad industrial clásica, la incertidumbre, el riesgo y el miedo crean la forma de construcción social de la experiencia del tiempo en la modernidad tardía y reflexiva¹⁶. Por lo tanto, como todo proceso de encuadre y metaforización de lo social, la crisis como discurso modela las subjetividades según un orden disciplinario dominante, utilizando el concepto de disciplina como forma de ajuste de los cuerpos a la producción (tanto material como de sentido) de la razón mercantil.

Esta noción conjunta de cálculo y domino que manifiesta la crisis se expresa eficazmente en el concepto de “dispositivo” típico de la escuela foucaultiana. Un dispositivo es una red normativa que apresa el sentido de la vida de los hombres, determina sus formas

15 Sobre el *storytelling* de la crisis como relato de terror, sus funciones y manipulaciones véanse las muy sugerentes páginas de Enrique Gil Calvo (2003, 2009 y 2012).

16 Para el tema de la presencia permanente de la idea de crisis en la modernidad y su capacidad de generar sentidos a la acción social, véase Revault d'Allonnes (2012); para el tema de la modernidad reflexiva y su interacción con la esfera económica, véase Lash y Urry (1998).

de existencia y modela sus conductas¹⁷. La crisis tiene así, paradójicamente un sentido organizador, cuando en realidad proviene de lo que se considera convencionalmente como el resultado de un desorden o desajuste, de tal manera que el propio uso del discurso de la crisis tiende a invocar la idea de lucha, de momento decisivo o de período clave en el curso de una enfermedad; ello nos pone ya al borde de una noción biopolítica del propio uso cotidiano de la crisis, pues proyecta sobre la vida el criterio de legitimación de un orden, de una “normalidad” social naturalizada. La tensión en el “punto crítico” entre la metáfora naturalista que pone en juego el término de crisis –que expresa el punto álgido en una enfermedad– y la metáfora social asociada al mismo término –lo crítico como juicio razonado– siempre se resuelve en el contexto histórico y social de referencia y establece las formas de gobierno de la población de ese régimen de sentido.

La crisis funciona así como un “dispositivo disciplinario” que ha ido complejizándose y revistiendo de formas discursivas diferentes, desde las naturales, médicas, biológicas o profilácticas de los orígenes mismos de la modernidad a las tecnológicas, cibernéticas, económicas y financieras actuales, pero siempre con el resultado de una utilización de los cuerpos controlada y regulada por el par de conceptos utilidad/docilidad. La omnipresencia en la modernidad de la noción de crisis y sus imposiciones (esfuerzos y sacrificios para remontarla, duras e inmisericordes medidas curativas) indican que la economía política ha tomado el mando de las tecnologías disciplinarias y se convierte en matriz de todas las acciones, justificaciones y comportamientos requeridos (o mejor dicho exigidos). El discurso (y el recurso) de la crisis se convierte en una de las más potentes “tecnologías del yo” que convierte las prescripciones de la gubernamentalidad del poder en necesidad percibida subjetivamente y en comportamiento individual razonado, razonable y hasta voluntario¹⁸.

La crisis es un fenómeno que tiene siempre una repercusión mucho mayor a la de la estricta naturaleza económica: es el detonante para la articulación de una nueva gubernamentalidad –como forma institucional de dominio de la población legitimada y subjetivada– que supone un ajuste disciplinario de los cuerpos a la producción del valor (mercantil) y del sentido (simbólico) de un orden ideológico que se reestructura conflictivamente en cada crisis. El poder y el control sobre la vida misma de la población se convierten en la variable estratégica para el análisis de las crisis como formas de gestión del conflicto social. La actual crisis es un buen ejemplo del incremento del biopoder liberal, porque además de codificar toda una nueva subjetividad en torno a la individualización mercantil (expresada en todas las formas posibles de actualización tecnológica y cognitiva de la legitimidad de la propiedad y el cálculo), supone un refuerzo de todos los poderes financieros por encima de cualquier valor público, social, comunitario o cultural. Recordemos que en los años setenta del siglo pasado, la Comisión Trilateral diagnosticó una “crisis de gobernabilidad de las democracias”¹⁹ occidentales; demasiadas instancias cívicas – sindicatos, movimientos sociales, políticas públicas, entidades comunitarias, etcétera–,

17 El concepto foucaultiano de dispositivo viene desarrollándose desde obras como *La arqueología del saber* (Foucault, 1970) y es expandido por todo el pensamiento contemporáneo con contribuciones como la de Deleuze (2012). Este concepto se encuentra muy bien aplicado para estudiar el sentido de las crisis recurrentes del capitalismo en Cadahia (2012).

18 Para el concepto de disciplina en Foucault en el sentido que aquí lo utilizamos véase el ya citado Foucault (1979); para el uso de la noción de tecnologías del yo, es fundamental consultar los textos recogidos en Foucault (1990).

19 Sobre el diagnóstico de la Comisión Trilateral, el libro de Crozier, Huntington y Watanuki (1975) sigue siendo de necesaria (por sorprendente) lectura; para el concepto de gubernamentalidad y biopolítica en Foucault, curiosamente tan interesante para analizar un texto teóricamente tan distante a los objetivos de este autor como el de Crozier y sus compañeros, véase Foucault (2006 y 2009).

aseguraba en su mítico informe, “distorsionaban” lo que debe ser el estricto funcionamiento de los mercados de precios y los mercados de votos (el individualismo económico y el político) y sus propuestas fueron, precisamente, romper con todas las formas de acción colectiva que “distorsionaban” el estricto funcionamiento tanto de las posibilidades de negocio como de la democracia competitiva de partidos.

El ciclo neoliberal ha sido precisamente una nueva gubernamentalización de los más genuinos principios de la razón capitalista que incrusta la existencia y los proyectos biográficos de las personas en las normas básicas de la valorización de los capitales privados. La crisis financiera ha supuesto el cierre de este ciclo de desarticulación del capitalismo regulado –con resultados biopolíticos tan evidentes como la individualización, vulnerabilización y mercantilización de la vida cotidiana de la población– como período donde todavía se tenían como referente las bases de protección social y sentido de la justicia construidas durante el período keynesiano de posguerra (parcialmente desmercantilizador, público, redistributivo, etcétera); en la gran recesión actual, los ajustes y las nuevas convenciones sociales aceptadas sacrificialmente a partir de ella, indican una rearticulación en positivo y totalmente desprejuiciada de la disciplina liberal convertida ya en canon de sentido y en pensamiento subjetivamente activo como razón común en la población.

El mundo económico y su dinámica no sólo operan, pues, por consecuencias no queridas, composiciones falaces o ilusiones psicológicas que llevan a cálculos erróneos –no digamos ya por la racionalidad absoluta de la mano invisible–, sino que se presentan como un encuentro de poderes, o si se quiere utilizando la terminología de Spinoza, como la violencia que resulta del encuentro en la historia entre “alientos de potencia”²⁰, esto es, entre las voluntades efectivas (y por ello afectivas) de existir, actuar y dominar, este encuentro se da siempre en espacios colectivos –aunque lógicamente lo experimenten los individuos– y sobre la base del conflicto de intereses entre grupos sociales. De este encuentro entre antagonistas surge todo tipo de violencias (de la más sutil, diseminada y simbólica a la más concentrada, burda y física), asociadas de una manera directa con las luchas y los proyectos de dominación –e incluso de destrucción– que los actores sociales son capaces de desplegar en un contexto histórico determinado. La crisis es el resultado de este movimiento conflictivo, agonístico y destructivo incrustado en el ser social mismo del capitalismo y su dinámica evolutiva. De nada pues nos sirven las metáforas de accidentes, tormentas o perturbaciones externas, para relatarlas, o mejor quizás, sólo sirvan para hacer más eficaz la dominación.

BIBLIOGRAFÍA

- AGLIETTA, M. y ORLÉAN, A. (1990): *La violencia de la moneda*, México, Siglo XXI.
- AKERLOF, G. y SHILLER, R. J. (2009): *Animal Spirits: Cómo incluye la psicología humana en la economía*, Barcelona, Gestión 2000.
- ALONSO, L. E. (2007): *La crisis de la ciudadanía laboral*, Barcelona, Anthropos.
- ALONSO, L. E. y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. J. (eds.) (2012a): *La financiarización*

20 El economista francés Frédéric Lordon (2010, 2011a y 2011b) está realizando una interesante labor de incorporar los conceptos de la filosofía de Spinoza al análisis crítico de la economía convencional y a la formulación de postulados mucho más realistas y consistentes sobre las razones del comportamiento económico. En gran medida, avanza por una vía diferente pero que se enriquece mutuamente a las propuestas de estudio crítico de las prácticas económicas de Bourdieu (por ejemplo en 2007), sistematizadas –por otro gran representante actual en las ciencias sociales francesas que circulan por esa línea de argumentación– en Lebaron (2004).

de las relaciones salariales. *Una perspectiva internacional*, Madrid, La Catarata.

– y – (2012b): “El nuevo debate sobre el gerencialismo: ¿innovación creativa o maquiavelismo financiero?”, en Alonso, L. E. y Fernández Rodríguez, C. J. (eds.), *La financiarización de las relaciones salariales. Una perspectiva internacional*, Madrid, La Catarata, 104-126.

ALONSO, L. E., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. J. e IBÁÑEZ ROJO, R. (2011): “Del consumismo a la culpabilidad: en torno a los efectos disciplinarios de la crisis económica”, *Política y Sociedad*, 48 (2), 353-379.

AMAT, O. (2009): *Euforia y pánico. Aprendiendo de la burbujas*, Barcelona, Planeta.

ANISI, D. (1995): *Creadores de escasez: del bienestar al miedo*, Madrid, Alianza.

– (2010): “Capitalismo y democracia”, en *Economía contracorriente. Antología de David Anisi*, Madrid, La Catarata, 123-163.

ATTALI, J. (2009): *Survivre aux crises*, París, Fayard.

BAUMAN, Z. (2005): *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos.

BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, È. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal.

BOURDIEU, P. (1997): *Razones prácticas, sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.

– (1999): *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama.

– (2007): *Las estructuras sociales de la economía*, Barcelona, Anagrama.

BRYCE, L. y STILL, W. (1987): *The Money Masters*, Nueva York, Bantam Books.

CADAHIA, L. (2012): “El dispositivo de la crisis como nuevo orden Mundial”, en Cadahia, L. y Velasco, G. (eds.), *Normalidad de la crisis/ crisis de la normalidad*, Madrid y Buenos Aires, Katz, 171-189.

CHANG, H.-J. (2012): *23 cosas que no te cuentan sobre el capitalismo*, Barcelona, Debate.

COHEN, D. (2012): *Homo economicus, prophète (égaré) des temps nouveaux*, París, Albin Michel.

CORM, G. (2012): *Nuevo gobierno del mundo. Ideologías, estructuras, contrapoderes*, Barcelona, Península.

CROZIER, M. J., HUNTINGTON, S. P. y WATANUKI, J. (1975): *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, Nueva York, New York University Press.

DELEUZE, G. (2012): “¿Qué es un dispositivo?”, en *Contribución a la guerra en curso*, Madrid, Errata Naturae, 7-27.

DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (2004): *El Anti Edipo: capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós.

ESTEFANÍA, J. (2011): *La economía del miedo*, Barcelona, Galaxia Gutemberg.

FOUCAULT, M. (1970): *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI.

– (1973): *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets.

– (1979): *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI.

– (1990): *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós.

– (2006): *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires, FCE.

– (2009): *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, Madrid, Akal.

GALBRAITH, J. K. (1984): *Anatomía del poder*, Barcelona, Plaza y Janés.

– (1991): *Breve historia de la euforia financiera*, Barcelona, Ariel.

GIL CALVO, E. (2003): *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de*

comunicación, Madrid, Alianza.

- (2009): *Crisis crónica. La construcción social de la gran recesión*, Madrid, Alianza.
- (2012): “La cultura del miedo y de la inseguridad y la crisis”, en Tezanos, J. F. (ed.),

Los nuevos problemas sociales, Madrid, Sistema, 413-435.

GIRARD, R. (1989): *La ruta antigua de los hombres perversos*, Barcelona, Anagrama.

- (2002a): *El chivo expiatorio*, Barcelona, Anagrama.
- (2002b): *Veo a Satán caer como el relámpago*, Barcelona, Anagrama.
- (2005): *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama.
- (2011): *Geometrías del deseo*, Barcelona, Sextopiso.
- (2012): *El sacrificio*, Madrid, Encuentro.

GRAEBER, D. (2012): *En deuda: una historia alternativa de la economía*, Barcelona, Ariel.

HABERMAS, J. (1988): *Ensayos políticos*, Barcelona, Península.

HARVEY, D. (2007): *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.

HEILBRONER, R. L. (1976): *Business Civilization in Decline*, Nueva York, W. W. Norton.

HYME, P. (2003): “La teoría de los mercados de capitales eficientes: un examen crítico”, *Cuadernos de Economía*, 22 (39), 129-146.

HYME, P. y BOURGHELLE, D. (2010): “Du mythe de l’efficience des marchés au krach: l’illusion de la liquidité boursière”, *Revue de la Régulation. Capitalisme, institutions, pouvoirs*, 8, <http://regulation.revues.org/8914>.

KAHNEMAN, D. (2003): “A perspective in judgement and choice. Mapping bounded rationality”, *American Psychologist*, 58 (9), 697-720.

KINDLEBERGER, Ch. P. y ALIBER, R. Z. (2012): *Manías, pánicos y cracs. Historia de las crisis financieras*, Barcelona, Ariel.

KLIMECKI, R. y WILLMOTT, H. (2012): “De las altas finanzas a la debacle: un relato sobre dos aspirantes a bancos”, *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 30 (2), 305-325.

KOCH, M. (2011): *Capitalism and climate change. Theoretical discussion, historical development and policy responses*, Basingstoke, Palgrave MacMillan.

LASH, S. y URRY, J. (1998): *Economías de signos y espacios*, Buenos Aires, Amorrortu.

LAURENT, É. (2012): *Économie de la confiance*, París, La Découverte.

LAZZARATO, M. (2012): *The Making of the Indebted Man: An Essay on the Neoliberal Condition*, Los Ángeles, Semiotext(e) Intervention Series.

LEBARON, F. (2004): “La sociología de Pierre Bourdieu frente a las ciencias económicas”, en Alonso, L. E., Martín Criado, E. y Moreno Pestaña, J. L. (eds.), *Pierre Bourdieu, las herramientas del sociólogo*, Madrid, Fundamentos, 131-143.

LORDON, F. (2010): *Capitalisme, désir et servitude. Marx et Spinoza*, París, La Fabrique éditions.

– (2011a): *D’un retournement l’autre. Comédie sérieuse sur la crise financière*, París, Seuil.

– (2011b): *L’intérêt souverain. Essai d’anthropologie économique*, París, La Découverte.

MAUSS, M. (2009): *Ensayo sobre el don*, Buenos Aires, Katz.

MONTIER, J. (2011): *Psicología financiera*, Bilbao, Deusto.

NORTH, D., WALLIS, J. y WEINGAST, B. (2009): *Violence and Social Orders: a Conceptual Framework for Recorded Human History*, Cambridge, Cambridge University Press.

O’CONNOR, J. (1987): *The Meaning of Crisis*, Oxford, Basil Blackwell.

POLANYI, K. (2011): *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, FCE.

REINHART, C. M. y ROGOFF, K. S. (2011): *Esta vez es distinto: ocho siglos de necesidad financiera*, Madrid y México, FCE.

REVAULT D'ALLONNES, M. (2012): *La crise sans fin. Essai sur l'expérience moderne du temps*, París, Seuil.

ROSANVALLON, P. (2012): *La sociedad de los iguales*, Barcelona, RBA.

SCHUMPETER, J. A. (1971): *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Aguilar.

SHEFRIN, H. (2002): *Beyond Greed and Fear: Understanding Behavioral Finance and Psychology of Investing*, Oxford, Oxford University Press.

STOCKHAMMER, E. (2009): "The finance-dominated accumulation regime, income distribution and the present crisis", *Papeles de Europa*, 19, 58-81.

THOMPSON, E. P. (2012): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing Libros.

WACQUANT, L. (2009): *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*, Barcelona, Gedisa.